

Estadística aterradora

En la página siguiente ofrecemos una aterradora estadística de los accidentes de tráfico, desde el mes de febrero del año 1972 al de 1976. El balance de muertos y heridos en carretera es realmente preocupante y por lo que parece las previsiones para este mes de febrero de 1977 no son nada halagüeñas, temiéndose que las cifras suban en progresión alarmante.

Alguien dijo recientemente que la peor enfermedad que debe soportar el siglo XX en su segunda mitad, es sin duda el tributo de vidas a la carretera, a causa del aumento del parque automovilístico y las alegrías con que conduce buena parte de sus poseedores.

Es lamentable que mientras parece que asistimos a una concienciación general sobre el respeto a la vida humana y a todos los derechos que al hombre le son reconocidos, a todos los niveles, y en todos los países del mundo, la carretera siga engullendo vidas, un fin de semana tras otro, de modo inexorable, sin que nadie se preocupe de cuales son las causas ni por supuesto de ponerle remedio a tal realidad. Nadie, a nivel particular y personal, claro, ya que los organismos que tienen a su cargo el tráfico rodado no cejan en su empeño de orientar y llamar la atención sobre el tema, en busca de una mejor circulación con un mínimo de accidentes.

Pero mientras tanto, la sangría continua, porque todo el que sale a la carretera tiene, por lo visto, muy lejos de su imaginación que su propio nombre pueda pasar a engrosar la lista de quienes han dejado la vida dentro de un vehículo a motor, al volante o como pasajero. Si todos, cuando salimos, al volante de un coche, pensáramos que nuestro nombre está revoloteando sobre dicha lista, de seguro que nuestro conducir sería más comedido, atento y lleno de las imprescindibles precauciones.

HABLANDO EN PLATA

Un estado de tensión latente

Está latente en el ambiente una especie de extraña tensión que nos mantiene a todos huraños, como entadados, dispuestos siempre a saltar por la más pequeña cosa: un coche que nos adelanta, un vendedor que nos dice que no tiene lo que le pedimos, un partido de fútbol o un cigarrillo, da lo mismo, la cuestión es saltar y lanzar fuera toda la mala uva que guardamos dentro.

Lo malo es que este clima propicia la acción de terroristas y gamberros. Un día, porque un arbitraje es malo, se producen veinte heridos se quema una furgoneta de TVE y se rompen las instalaciones de un club; otro le roban las coronas de metal, que no valen nada materialmente hablando, a la imagen de la Virgen de la Merced situada en la ornacina de la calle Petritxol... Y no hablemos ya de los petardos, como el de la calle Villarroel. Con la excusa de la política —que ahora sirve, por lo visto, de patente de corso para todo, afloran los sentimientos belicosos de muchas personas que, en circunstancias normales, no se atreverían, porque el medio ambiente les sería francamente hostil.

No se trata, por supuesto, de nada nuevo, ni siquiera peculiar de nuestras latitudes. Tales cosas suceden desde que el mundo es mundo. El viejo refrán lo plasma certeramente: «A río revuelto, ganancia de pescadores». Pero no por conocida la plaga tenemos que cruzarnos de brazos ante ella. Antes al contrario, combatirla con toda la energía de que es capaz una co-

munidad que cree en sí misma y que está dispuesta, pase lo que pase, a no perder el patrimonio acumulado durante cuarenta años de esfuerzos y trabajo, porque sabe que sobre esa base se puede, se debe, construir un mañana de concordia y de entendimiento, en libertad y orden.

Lo hemos dicho otras veces, pero lo repetimos ahora con fuerza, al margen del color, al margen de quien sea el autor, hemos de plantearnos en bloque para probar y erradicar la violencia. Si nos mostramos complacientes cuando la realizan unos, y enérgicos cuando otros, si se pretende sacar partido político de las tragedias y desgracias, sólo conseguiremos abrir de nuevo la herida que tantos sacrificios costó, a unos y otros, cerrar. Esa herida histórica que partía en dos, o en dos mil, vaya usted a saber, a nuestra querida España.

Cataluña ha sido siempre tierra de gentes moderadas y serenas, aunque en algunos momentos de su historia se haya visto como sacudida por un huracán. Hemos de ser, pues, esa mayoría que ama la paz y el progreso, porque sabe que es la fuente de la justicia, quienes imponamos a la postre la cordura y consigamos disolver esa tensión latente que nos mantiene a todos huraños y predisuestos a excitarnos por cualquier cosa. Pero para conseguirlo, hemos de hacernos la firme promesa de no encontrar, aunque nos afecte directamente, ninguna disculpa para la violencia.

Joan del Vallés